

Pedro García

LA LUZ DEL PORVENIR

PERIÓDICO QUINCENAL ESPIRITISTA
ÓRGANO DEL CENTRO DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS
LA CARIDAD

PRECIO DE SUSCRIPCIÓN

Villena, un trimestre . . . 0'30 pesetas
Fuera 0'45 . . .
Número suelto 0'05 . . .

ADMINISTRACIÓN

Calle de San Cristóbal, número 10

PAGO ADELANTADO

¡LA CARETA!

Carnaval continuo es la vida, pues por regla general, todos decimos lo que no sentimos; así es, que el antiluz moral nos acompaña siempre, pero hoy una oportuna el año que nos ponemos doble careta sobre la que envidiosos nuestros contemporáneos nos cubrenmos un pedazo de trapo sobre el rostro y el disfraz es completo: se alinea la voz, se ríe estrepitosamente, se manotea con arranques epilépticos, se dan saltos y se ensartan cabrioles imitando a los brados, y el hombre más formal pierde por completo su modo de ser durante algunos días; pero, en medio de tanto júbilo y de tanto aturdimiento, ¿cuántos dramas se desenvuelven! ¿cuántos problemas se solucionan! ¿cuántos injustos lloran á su trágico desenlace!

II

*Dímelo á mí, me dice un espíritu) que en una noche de Carnaval perdí cuanto poseía: fe, pureza, tranquilidad, creencias religiosas, esperanza en la vida futura, todo, todo cuanto puede constituir la dicha de un espíritu. Yo vivía en el seno de una familia profundamente religiosa; en mi casa no se veían más que frailes y monjas; mis hermanos, todos habían abrazado el estado religioso, tanto ellas como ellos; yo era la única que me había quedado libre de pronunciar votos por mi delicado estado de salud, y más que por nada, porque el confesor de mi madre se había opuesto resueltamente á que yo entrara en el Claustro. Yo le estaba muy agradecida, porque no tenía la menor vocación para renunciar á los goces mundanos.

Cumplí veinte años, pero no los representaba; parecía una niña

de doce años; el confesor de mi madre presentó á ésta un joven guapísimo, distinguido, elegante, y dispuso que cuanto antes, me uniera con su protegido con el lazo del matrimonio.

Yo acepté muy contenta su proposición, aunque veía que mi prometido no demostraba el menor entusiasmo y más bien sus miradas eran compasivas que amorosas; pero como yo no había tenido amores, no podía notar la diferencia que hay entre la compasión y el amor.

Llena de júbilo, preparé mis galas de desposada. En la capilla de mi palacio recibí la bendición nupcial, y en los salones de mi señorial morada se dio aquella noche, (domingo de Carnaval) un baile de máscaras, todo dispuesto por el confesor de mi madre, que preparó aquella fiesta con un objeto benéfico, para fundar un Asilo de niñas huérfanas. Las señoras, después de lucir sus joyas, tenían que desprenderse de ellas y entregarlas á tres señores encargados de recogerlas y venderlas para aumentar los fondos destinados al Asilo.

En la primera parte del baile se permitió la careta. Yo, con mi traje de novia, bailé con mi esposo que estaba contrariadoísimo; me miraba, estrechaba mis manos, entreabría los labios como si quisiera hablar y enmudecía; de pronto, se acercó un hombre á nosotros disfrazado con un atecho dominó de raso negro, cubierto el rostro con un antifaz negro también; mi esposo, al verle, palideció, y haciendo un esfuerzo, se separó de mí y el enmascarado me estrechó contra su pecho violentamente y me dijo: «¡Al fin! Yo me quedé muy sorprendida y contrariada, pero seguí bailando sin saber lo que hacía, sintiendo que mi cabeza se desvanecía; cerré los ojos porque no podía resistir los torrentes de luz que habíapor todas partes, y me dejé llevar á mi cámara nupcial donde recobré el sentido y me encontré en los brazos del confesor de mi madre, que me declaró su buen pasion y me dijo: «Si te callas, vivirás en el mundo, si te atreves á contar nuestro secreto, te encerraré debajo de la tierra; tu marido me debe la vida, estaba sentenciado á muerte, y yo le he hecho hombre; él callará; calla tu también y todos seremos felices».

¿Qué pasó por mí? no lo sé; quedé completamente aterrada, pero ante la horrible perspectiva de vivir debajo de tierra, prometí cuanto quiso aquel monstruo que prometiera, y me quedé en mi lecho más muerta que viva. Mi esposo no comparció y me alegré, porque al saber que era un asesino, me inspiró el más profundo desprecio.

¿Cómo viví después? En el infierno, porque odiaba al confesor de mi madre cuando me estrechaba entre sus brazos. Sólo pensaba en estrangularle; mi esposo se fué á viajar y yo me quedé en el potro del tormento. Conoí que iba á ser madre y se aumentó mi odio hácia el padre de mi hijo, y á tal extremo llegó mi desesperación, que una noche, con mano certera, le clavé un pañal en el

corazón, y entonces conté á mi familia y á la justicia todas las infamias de aquél miserable.

Como en ese mundo, con dinero todo se consigue, me hicieron pasar por loca, y quede encerrada en mi casa donde di á luz un niño deforme, sin brazos y ciego. Tanto infortunio despertó mi sentimiento maternal y abracé á mi hijo pidiéndole perdón por haberle odiado. Yo le amamenté, yo le cubí de besos, y lloré amargamente cuando dos años después, murió en mis brazos. No tardé en seguirle, porque busqué en el suicidio el término de mis penas. Creía firmemente que con la muerte todo terminaba: mi expiación, por eso, no ha sido tan terrible, porque otros fueran los que me arrebataron mis creencias religiosas, mis esperanzas, en otra vida. Me encuentro mal, y te suplico que me perdones por haberte acercado á tí y haberte producido molestias, pero siempre que en la tierra celebráis el Carnaval, se aumenta mi sufrimiento de un modo extraordinario. Veo mi ayer envuelto en sombra. ¡Cuántos crímenes! ¡Cuántos horrores! Sufro mucho, perdonáme; te escogí para exhalar una queja, y tu débil organismo recibe mal mi fluido; pero me has hecho un gran bien y los enfermos son los que necesitan consuelo. Adios.

III

Efectivamente, el fluido de este espíritu me ha hecho sentir angustia y contrariedad, pero no siempre se ha de aspirar el perfume de las flores; también es preciso que nos hieran sus espinas y como este breve relato se presta á profundas y amargas consideraciones, contenta estoy de haber recibido la inspiración de una víctima de la hipocresía religiosa. ¡Polvo espíritu! ¡Cuánto ha sufrido y cuánto aun le quedará que sufrir.

Amalia Domingo Soler.

¡DIOS ES AMOR! ¡DIOS ES LUZ!

Esto tiene que ser el Excelsa Creador, hermanos queridos, *Amor y Luz*, ó la razón humana se resiste á creer en su existencia.

Ya ha pasado el tiempo del dominio de la fe ciega. La razón se despeja de las pesadas nieblas del pasado y para aceptar una creencia, la quiere clara, terminante, precisa, científica; es decir, aceptando todos los descubrimientos de la Ciencia, todos los adelantos y progresos adquiridos por el espíritu moderno. No se doblega ya el alma bajo la imposición de un dogma que riñe con la lógica y con la razón.

Ansía el hombre creer en *Algo Grande, Sábio, Justo y Bueno.*

En medio de las mil vicisitudes de su vida, anhela para sí y para los suyos un mañana venturoso; pero, no admite ya su razón que ha llegado á la madurez, las concepciones que, en el pasado, bastaron para satisfacer su cerebro infantil.

Comprende el sér humano que necesita una creencia para atravesar el inquieto y tempestuoso piélago que se llama la vida; pero, ya no le bastan las de su infancia.

Quiere creer que el Universo admirable tiene un Fundamento, que no se ha hecho solo; en una palabra, anhela creer en Dios.

Pero, en esa Nueva Concepción que trata de formarse del Supremo Hacedor, rechaza todo lo que significa pequeñez ó imperfección; exige para el *Nuevo Ídolo* que trata de adorar, Grandeza, Sabiduría, Justicia y Bondad, en grado infinito y absoluto.

Por eso, rechaza con horror la idea de las penas eternas, la predestinación, el pecado original, la de una sóla existencia y tantas por el estilo, que hacen de Dios un sér despiadado, vengativo, iracundo y cruel, triste copia de todas las maldades de nuestra humanidad.

La razón del hombre, que va despertando ya de su largo sueño de siglos, comprende que el Excelso Sér que todo lo ha creado, solo puede reunir en sí, *Amor y Luz*; la fecundidad de su Grandiosa Obra lo demuestra así, pues solo el *Amor* y la *Luz* son fecundos.

Luego, nada más que Amor y Luz puede y debe haber en la Causa Suprema y Primera de la creación.

Las tinieblas no crean. El odio destruye. La injusticia, la crueldad y la parcialidad son fecundas en males, pero infecundas en bienes.

Y, ahora, decidme: ¿Es un mal la Creación?

¡Ah! no. La Creación es un Bien. Y como Bien, solo puede tener por Generador un Principio fecundo como lo es el Amor, como lo es la Luz.

¡Dios es Luz! ¡Dios es Amor! Arranquemos de nuestros corazones para siempre, toda idea que tienda á rebajar en un solo ápice la Infinitud de los atributos de Grandeza y de Bondad del Sér Supremo. Todo dogma, toda idea, toda concepción en las que encontremos pequeñez, ignorancia, injusticia y maldad, deben ser rechazados sin piedad por nosotros, porque hemos de reputar como falso el dogma, como errónea la concepción que ataque en lo más mínimo, la Grandeza, la Sabiduría, la Justicia y la Bondad de Dios.

Un solo Ídolo debe quedar en pie en todo el Universo, el Dios del Amor. Las voces de lo Alto, los Espíritus de Verdad, invitan constantemente á la humanidad á refugiarse en el redil amoroso de ese Pastor Buensísimo, cuyo nombre más hermoso es Misericordia.

¡No seamos sordos á esos continuos llamamientos!

El Espiritismo nos ofrece una Concepción racional, científica, filosófica, del Principio de las cosas; nos dice de dónde venimos, adonde vamos y nos explica el Porqué de nuestra actual existencia.

Estudiemos su doctrina, pasémosla toda por el tamiz de nuestra razón; rechazamos lo que nos parezca obscuro; pero, admitamos sin flaquezas de ningún género, las indiscutibles verdades que contiene.

¡Humanidad! ¿Ansas creer en un Dios Grandioso, Sábio, Justo, Bueno é Infinito?

Pues bien. Ese Dios existe. Ese Dios es Amor, ese Dios es Luz. Ese Dios es Padre y no ha creado á sus hijos para un fin de suplicios eternos; al contrario, les ha dado la vida para que, mediante sus propios esfuerzos, vayan conquistando en la eternidad del tiempo, con la grandeza y la pureza moral de su sér espiritual, su propia felicidad eterna. Ese Dios es el Dios de Verdad, es el Dios de Jesús, es el Padre que aguarda con sus brazos, siempre abiertos, á toda la humanidad, sin distinción de creencias; exigiendo sólo su Ley admirable, á cada uno el sacrificio de sus malas pasiones y la adquisición de la pureza y generosidad del corazón.

Ese Dios, hermanos queridos, es precisamente El que nos enseña el Espiritismo.

¿Anhelas creer en Algo Racional y Grande, Humanidad?

Pues, estudia sin prejuicios y sin pasión, la concepción que de Dios y del destino de la criatura, te ofrece la sublime Doctrina Espiritista.

Diálogos

El Neófito.—Cuanta razón tienes, ciencia amada, al decir que la creencia en la *reencarnación progresiva de los seres*, es un rayo de luz vivísima que esclarece lo que antes se presentaba oscuro al entendimiento del hombre investigador de la verdad.

Creyendo que entre nuestro presente se extienden un pasado y un porvenir eternos, de actividad incesante, de desenvolvimiento de nuestras facultades, de ascensión, jamás interrumpida, hácia la Luz, Sabiduría y Amor infinitos; creyendo que siempre hemos dispuesto y dispondremos de la libertad de acción que esencialmente ha puesto Dios en nuestra naturaleza; y creyendo que Él llama eternamente con voz de Padre á todo el Universo, mi a. ma ya no se considera una insignificante chispa espiritual perdida en el seno de tanto misterio, sino que se siente llamada á una labor elevadísima, inconmensurable, eterna; ya no mira todo lo que le rodea como cosas extrañas, sino que vé el lazo que todo lo une, que todo lo hace solidario en la creación, desde el átomo oculto en las entrañas del más pequeño polvo cósmico hasta el pensamiento

más sublime del más elevado ser; no teme ni tiembla al pronunciar la palabra Dios, sino que vive tranquila, confiada, como el niño en el regazo de su madre, sintiendo en su ser la fuerza irresistible, benéfica, fecunda, del amor absoluto, inmutable, de su Autor.

La Ciencia. —Cómo se abre tu alma á la vivificante expansión; con qué alegría contemplas, ya lejos de tí, las preocupaciones y prejuicios de tu ayer que no sacaban tu ansia de verdad. Contemplas esas ideas que abandonas, esos conceptos que ya no caben en tí, esas nociones vagas y estrechas, no con desprecio ni desdén, sino como miras los trajes de tu infancia, los libros de tu niñez, con cariñoso recuerdo, como una etapa necesaria y fructífera para tu perfeccionamiento, como una luz que te ha alumbrado en las tinieblas de tu ignorancia pero que la has perdido ya de vista en tu carrera progresiva. Mira siempre todo lo que constituyó tu ayer con amor, no con odio; pues toda luz, toda idea, todo pensamiento, todo acto, todo sentimiento, con luce al fin para que habéis sido creados y es un peldaño más que subís en la escala sin fin que os conduce á Dios.

Por eso jamás debéis considerar las ideas y pensamientos de los demás sino como medios conducentes á la perfectibilidad de aquél que sinceramente los sustenta y como energía necesaria para la economía de su vida espiritual.

La tolerancia con el prójimo es la piedra de toque de la sabiduría y bondad de las almas, es el fiel de la balanza que pasa el amor de los espíritus. Sed siempre tolerantes y amorosos hasta con los que os ridiculizan, maltratan y desprecian, y nunca los paguéis con la misma moneda, pues solo así contribuiréis á la obra divina de ascensión progresiva de los seres.

El Neófito. —¿Cómo no quieres que sea tolerante si me has hecho comprender que siempre nuestro conocimiento será imperfecto, defectuoso, inconculcable y que sobre él siempre habrá otro más perfecto, más verdadero?

Por eso he buscado los argumentos aducidos por los adversarios de la creencia en la *reencarnación* y la única objeción grave que he hallado es la que hacen los sabios y los ignorantes, la del olvido de las vidas anteriores. ¿Podrás darme, ¡oh querida ciencia!, otro rayo de luz que contribuya á explicarme la ley del olvido, para mí oscura, inexplicable, misteriosa?

La Ciencia. —Problema es eso que todavía no está á vuestro alcance. Vuestro adelanto intelectual y moral aun vé esa idea, clara de por sí, muy nebulosa, llena de sombras. Pero no importa, conozco tu sincero afán de saber ó intentaré descórrer parte del velo que la oculta; probaré á disminuir la distancia que la separa de tu potencia psíquica para hacértela conocer, aunque no sea más que en germen.

Probemos.

El cerebro, ese órgano delicadísimo y que hoy empezáis á vislumbrar su misterioso funcionamiento, es el instrumento material de que se vale el espíritu, en su vida normal, para exteriorizar sus ideas, sus deseos y su voluntad. El cerebro, asiento de las funciones psíquicas, es, digámoslo así, la placa fotográfica donde se impresionan los modos de ser de los objetos que componen el mundo exterior, y donde el alma, por medio de su fuerza perceptiva, de su energía anímica, los revela, fija y almacena. A la voz de su voluntad, y á veces por otras causas que vosotros llamáis leyes mnemónicas, reconstituís las imágenes de las sensaciones, dando origen á lo que apellidáis *memoria*, que en sí no es otra cosa sino una mirada retrospectiva que dirige el alma á lo que ha constituido su vida.

Así pues, para que haya memoria, es necesario, indispensable, en esta vida corporal, el auxilio del cerebro, y sólo podéis recordar lo que en él habeis impreso, tanto de fuera como de dentro. Sin cerebro no puede haber memoria en la Tierra.

El Neófito.—¿Entonces, si posible fuese cambiar mi cerebro, no recordaría yo mis actos y pensamientos; lo único que tal vez podría hacer es recordar los actos ó pensamientos iguales á los míos que estuviesen impresos en mi nuevo cerebro? ¿Luego bien podemos llamar al cerebro la base material de la memoria?

La Ciencia.—En tu misma pregunta está encerrada parte de la solución al problema del olvido de las vidas pasadas.

El cerebro, para que sea instrumento fiel de la memoria, es indispensable que funcione con regularidad matemática, que no pierda la integridad de estructura y composición correspondiente á cada edad; que no varíe el modo de ser excitado ó impresionado; en una palabra, que se conserve sano. Cuando alguna de estas condiciones varía, la memoria, como las demás facultades psíquicas, se resiente y pierde en intensidad ó delicadeza.

Veamos, sino, lo que les sucede á todos los seres atacados de ciertas enfermedades cerebrales. Muchos de ellos pierden la noción de los números y no saben contar; otros la de las palabras ó la escritura y tienen que volver á aprender á leer ó escribir; es otros se debilitan tanto que no pueden acordarse de muchas cosas; y algunos llegan á perder por completo la memoria y no recuerdan absolutamente nada de su vida anterior á la enfermedad.

Meditemos lo que les pasa á los que se encuentran en estado sonambúlico, bien sea natural ó provocado. Todos ellos realizan actos, pronuncian palabras, escriben capítulos enteros, y cuando vuelven á su estado normal, no recuerdan nada de lo que hicieron. Apelad á la conciencia de todos los médicos experimentadores de estos fenómenos y vereis confirmado el aserto. Muchos os dirán que hasta se dá el caso de que el sujeto sonambulizado parece tener dos clases de vida, la normal y la sonámbula, pues lo que ha-

con en la una no lo recuerdan en la otra, mientras que sí que recuerdan lo hecho en cada una de ellas.

Pensad todos en lo que habéis olvidado de vuestro estado de niño; en lo que no recordáis de lo hecho durante las horas de sueño; y ante todo, ved quien de vosotros será tan ignorante y tan orgulloso que se precie de recordar sensación por sensación, pensamiento por pensamiento, acto por acto, todo lo realizado por él en su vida actual; sólo encontrará los hechos más culminantes y una noción vaga, casi una percepción inconsciente que engloba los mil detalles. ¿Habéis olvidado, por ventura, lo deleznable que es vuestra memoria? Si así no fuese, ¿por qué asombraros de esos ejemplos tan raros de memoria clara, extensa y completa? Pues hasta esos mismos seres ¿cuánto no habrán olvidado?

El Neófito.—Ahora veo que no tiene nada de extraño el que no nos acordemos de las vidas anteriores. Ahora comprendo que, si conservando el mismo cerebro olvidamos muchas cosas, y á veces todo, no tiene nada de extraño que al poseer otro cerebro, en la nueva encarnación, olvidemos todo lo anterior. Debe sucedernos lo mismo que al artista que cambia de clase de instrumento, que no puede producir los sonidos que producía en los otros. Debe sucedernos lo mismo que lo sucede al hombre de ciencia que deja el telescopio y toma el microscopio: no puede ver lo que antes veía.

La Ciencia.—Es verdad que no podéis saber por completo y de un modo detallado, lo acaecido en vuestras vidas anteriores: mas, en general, en síntesis, lo sabéis por la voz de la conciencia que como dijo Víctor Hugo, en una página de sus *Miserables*, «no es más que la cantidad de ciencia innata que cada uno trae á este mundo».

Si os miráseis más por dentro si os gustara más el estudio de vuestros defectos, inclinaciones y aptitudes, seríais un poco en el pasado y así sabríais lo que fuisteis. Y como venís á este mundo á expiar faltas anteriores y á prepararos el porvenir, si meditárais sobre lo que os sucede, veríais un poco claro lo que érais ayer.

Pensad siempre que Dios dá á sus criaturas lo necesario para su mejoramiento: por eso os concede en esas vidas terrestres lo que necesitáis y hasta para conseguir el fin que os proponéis: la voz de la conciencia y las tendencias instintivas, y os priva de lo que tal vez pudiera perjudicaros: el recuerdo de vuestros males.

Estudad la ciencia en todas sus manifestaciones; amad á todos los seres como á vosotros mismos, y Dios, revelándose en vosotros, os llenará de luz que aclarará todas las cosas oscuras y os colmará de felicidades.

Un Alejandrino.

